

Un milagro cultural

Pablo Espinosa

El principio es elemental: quien genera armonía mediante un instrumento musical produce belleza y, por tanto, empieza a conocer por dentro la armonía esencial, que es la armonía humana.

A partir de esa convicción, el maestro José Antonio Abreu (Valera, Trujillo, Venezuela, 7 de mayo de 1939) ha construido un vasto sistema de vasos comunicantes cuyos frutos ya esplenden por el planeta entero.

Hablamos del Sistema de Orquestas Infantiles y Juveniles Simón Bolívar de Venezuela, galardonado en días pasados con el Premio Príncipe de Asturias.

La rigurosa empresa Deutsche Grammophon ha editado de manera consecutiva tres discos dirigidos por Gustavo Dudamel al frente de la Orquesta Simón Bolívar, con éxito apabullante.

La muy selecta Royal Philharmonic Society recibió recientemente entre sus miembros a José Antonio Abreu.

El comité técnico de una de las diez mejores orquestas del mundo, la Filarmónica de Los Ángeles, designó al joven Gustavo Dudamel como el sucesor del finlandés Esa-Pekka Salonen al frente de esa institución.

Pero se trata solamente de la punta del iceberg. Los reflectores, las marquesinas, los titulares de la prensa europea en contraste con el silencio de los medios de comunicación latinoamericanos, el furor y fiebre que despierta en las máximas personalidades del mundo de la música y la admirada expectación de un público que tiene enfrente un fenómeno de masas, es solamente una pavesa, una chispa periférica de una fogata inmensa, un volcán gigante que sigue creciendo y alimentando de magma y fuego el espíritu de la humanidad, tan necesitada de esperanza, de proyectos verdaderamente benéficos para las personas.

Se trata, en consecuencia, de un programa social antes que de un proyecto artístico. Una estrategia de crecimiento humano en lugar de un cálculo en busca de ganancias de otro tipo.

La vuelta de tuerca es maciza. La sociedad actual, tan envenenada con la inyección diaria que la vuelve *junkie* del consumo, reacciona al principio confundida. ¿Gustavo Dudamel es la nueva adquisición del Star System? ¿En qué pasarela cabe una orquesta de más de cien niños y jóvenes? ¿Cuáles epítetos convienen para el rejuergo a la hora del pasillo, el café, la charla entre enterados?

El primer referente para muchos será, entonces, el relampagueo de los *flashes* fotográficos y el furor mediático. Los tres discos compactos que circulan con clamor en el mercado serán otra ventana.

Las presentaciones en vivo de esta orquesta increíble ocurrieron en Bellas Artes hace algunos meses como el antes y el después de una historia que mucho tiene que ver con México.

El 26 de febrero de 1975 fue creada la Orquesta Nacional Juvenil Juan José Landeta, promovida por Ángel Sauce y José Antonio Abreu, este último a la batuta.

Ésa es la efeméride de ignición. Su primer concierto ocurrió el 30 de abril de ese mismo año, cuya gala consistió en homenajear a los trabajadores. Sonó entonces el estruendo producido por ochenta muchachos procedentes de Maracay, Los Teques, Barquisimeto y Trujillo.

Apenas a cuatro meses y medio de fundada, la orquesta salió a su primera gira: México. Luego fue a Colombia y a su retorno le otorgaron el Teatro Teresa Carreño de Caracas, como sede.

Con el inicio de 1976, el 14 de enero, el compositor y director de orquesta mexicano

Carlos Chávez, fundador de las más importantes instituciones de cultura modernas mexicanas, de las cuales el Instituto Nacional de Bellas Artes aún funciona, llegó a Caracas para iniciar un trabajo profundo con la naciente orquesta venezolana.

Ese primer contacto resultó definitivo. A la muerte de Carlos Chávez, hace treinta años, el también compositor y director de orquesta Eduardo Mata continuó ese trabajo intensivo con los niños y jóvenes venezolanos. De hecho entre las joyas discográficas que legó Mata figuran grabaciones de calidad extrema con la Orquesta Simón Bolívar de Venezuela.

A la muerte de Mata, hace trece años, el contacto venezolano-mexicano se diluyó en la maraña burocrática que caracteriza al sistema cultural mexicano, maniatado por los modos políticos que cobijan funcionarios corruptos.

Lucrar con la ilusión de padres de familia y con el talento de los niños ha sido en México uno de esos hoyos negros donde todo lo disipa la ambigüedad, la vaguedad en la rendición de cuentas, los modos mexicanos de delinquir y borrar las huellas. El prestigio y la manera de funcionar del sistema político y social de nuestro país es un asunto del dominio público, suavizado con el tufo inconfundible de la picaresca.

En nuestros días, julio de 2008, en contraparte, persiste un esfuerzo ejemplar en México, encabezado por el maestro Sergio Ramírez Cárdenas, titular del Sistema Nacional de Fomento Musical, que mantiene un programa concienzudo y dedicado con niños y jóvenes de México, inspirado en el modelo venezolano. El acierto mayor consiste en adoptar aquel sistema en su carácter social antes que artístico, en su virtud de herramienta de cohesión y desarrollo social.

El paso más recientemente andado en México consiste en poner en marcha este sistema en beneficio de la educación integral de niños y jóvenes de zonas marginales, como ocurre desde hace treinta años en Venezuela.

La música está ganando la batalla a la pobreza material, a la injusticia social. Son ya legiones las personas que han declarado, con palabras distintas, que su vida cambió, que se perciben a sí mismos diferentes, que ostentan con orgullo una dignidad constante, luego de ingresar al sistema de orquestas y coros infantiles y juveniles.

Ésa es la piedra de toque que construyó en Venezuela José Antonio Abreu, maestro de la mayéutica:

¿Qué es una orquesta? Es una comunidad que se constituye con el objetivo esencial de concertarse entre sí. Por lo tanto, quien realiza una práctica orquestal empieza a vivir en la vida diaria la práctica de la concertación, del equipo, del grupo que se reconoce a sí mismo como interdependiente, donde cada uno es responsable por los demás y los demás son responsables por uno. Concertarse para generar belleza.

Es evidente que se trata de un asunto absolutamente subversivo. El centro de todo es el hombre, la felicidad del humano, los valores esenciales. La utopía.

El cineasta venezolano Alberto Arvelo formó parte cuando niño del sistema musical que nos ocupa. Hace un par de años hizo una película que tituló *Tocar y luchar*, en la que documenta esta epopeya, desde su nacimiento hasta su explosión definitiva. El espectador asiste y participa en la construcción de algo que pareciera imposible, y disfruta los frutos que parecieran increíbles de no estarlos observando con nuestros ojos.

El agua es un elemento fundamental, junto al fuego, de este proyecto ígneo pegado a la tierra. Los ojos del espectador se llenan de lágrimas de emoción. ¿Quién puede evitar el llanto, no estallar de atónita alegría, cuando ve frente a sí, completa, la consecución de una epifanía? Agua en los ojos, agua en el Caribe. Fuego en el corazón, enarbolado al viento sobre esta tierra nuestra.

En el filme de marras, niños ensayan pasajes difíciles de Bach, Stravinski, Vivaldi

o Revueltas en la apacible bondad de las playas venezolanas. El Caribe se tiende ante el talento de estos infantes mientras el sol aleja su calor en los confines dorados del paisaje. Una lancha en marcha marca las transiciones entre los varios capítulos de esta película que merecería ser vista por multitudes.

Además de explicar la naturaleza más íntima del sistema de orquestas y coros infantiles y juveniles de Venezuela, el contenido de este filme nos devuelve la esperanza.

Lo dice Claudio Abbado en ese filme: el mundo no está enterado de que en Venezuela está ocurriendo una revolución entera.

Lo enuncia Simon Rattle:

Conocí a sus veintidós años a uno de los más grandes directores del mundo, Gustavo Dudamel, dirigiendo a la orquesta más pequeña del mundo en cuanto a la edad. Me parecía increíble, pero escuché que era cierto porque lo presencié, que un niño de ocho años pudiera conducir, como concertino, a una orquesta de más de cien integrantes y que todos sonaran como uno solo. Ésta es una manera de resurrección de la humanidad.

Y esto último lo dijo Rattle después de dirigir a esos niños y jóvenes en una de las partituras más complejas y profundas de la historia: la *Sinfonía Resurrección* de Gustav Mahler.

Lo dice Rattle, quien es el actual director de la Filarmónica de Berlín, cada vez que tiene frente a sí a algún niño:

Si alguien me pregunta dónde está ocurriendo algo importante para el futuro de la música, algo verdaderamente importante, simplemente digo que en Venezuela. Los niños y jóvenes y todos los venezolanos están acostumbrados a ese milagro, porque llevan treinta años en eso, pero para alguien de fuera como yo, es una fuerza emocional de tal poder que tal vez nos tome un tiempo para asimilar lo que estamos viendo y escuchando. He visto el futuro de la música: está en Venezuela. Es una resurrección.

En una escena, el director de orquesta y tenor Plácido Domingo llega a una sesión de ensayo. Parado frente al prodigio de un coro de niños, algunos de ellos sordos, otros mudos, otros ciegos, todos con algún déficit

físico, que con música rebasan el potencial de lo humano, sencillamente llora, las lágrimas le surcan desde el nacimiento de los ojos hasta la comisura de los labios. Dice:

Al entrar al Teatro Teresa Carreño no esperaba entrar al cielo y oír estas voces celestiales. La verdad es que nunca había sentido una emoción tan grande y además no sólo por la emotividad de este momento, sino por la calidad de estos niños músicos.

En otra escena es Claudio Abbado, una de las leyendas de la dirección orquestal, quien derrama lágrimas frente al prodigio de la orquesta de niños sonando. Aparece también Giuseppe Sinopoli, quien era director de la Staatskapelle Dresden y murió en 2001 frente al público mientras dirigía la ópera *Aida*, en Berlín, pero antes vivió glorias históricas, entre ellas dirigir a los infantes venezolanos en una versión inenarrable de la *Novena Sinfonía* de Mahler.

Que niños y jóvenes puedan abordar partituras que muy pocas orquestas pueden interpretar con tan extraordinarios resultados, obedece por supuesto a un trabajo arduo y sobre todo a un método de enseñanza musical en extremo eficiente.

Solamente un ejemplo: que uno presencie un concierto en vivo de la Orquesta Simón Bolívar y observe cómo una sección de cuerdas de sesenta jóvenes tocan como uno solo y con una fuerza descomunal, un estilo único, técnica casi perfecta y sobre todo con un sentido de la interpretación musical fuera de serie, tiene una explicación al mismo tiempo sencilla y ardua: existe una escuela, es decir un estilo venezolano de interpretación violinística que inventó, y perfecciona día con día, el maestro José Francisco del Castillo, director de la Academia Latinoamericana de Violín y encargado central de todo el vasto sistema nacional de enseñanza de instrumentos de cuerda, que posee monitores en cada población venezolana, según se documenta en el libro *Venezuela sembrada de orquestas* y que a la fecha cuenta con más de noventa núcleos, cada uno con tres orquestas y un aproximado de trescientos mil niños y jóvenes tocando en esas agrupaciones.

Y así como el maestro Francisco del Castillo configuró el estilo violinístico, así

cada sección de las orquestas tiene un especialista trabajando a diario.

Toda esa ingeniería cultural ha sido desarrollada por José Antonio Abreu a lo largo de los pasados treinta años con un itinerario perfectamente planificado. Vale la pena hacer notar que Abreu posee un doctorado en Economía, además de que es director de orquesta. Pero más que nada su secreto se revela a voces: su amor por la humanidad, por la vida. Su capacidad de poner en práctica sueños. La corporeidad de lo que muchos aglutinan en un epíteto: visionario.

Porque no se trata de formar niños prodigios ni estrellitas del firmamento para el *show business*. La idea es elemental: formar mejores personas. Muchos de quienes han formado parte del sistema ven exolano de orquestas tienen profesiones muy distintas a la música.

En México, el maestro César Tort ha desarrollado un sistema de educación musical para niños bajo ese mismo principio: formar personas. Pueden dedicarse a cualquier profesión además o luego de hacer música, pero lo importante es la formación y el fortalecimiento del espíritu.

Lo explica así el maestro Abreu para el caso de Venezuela:

El arte implica sentido de perfección, camino a la excelencia. ¿qué es entonces lo que la orquesta ha sembrado en el alma de sus miembros?, sentido de armonía, sentido de orden implícito en el ritmo, sentido de lo estético, de lo bello, de lo universal y el lenguaje de lo invisible que se transmite a través de la música.

Más mayéutica de Abreu:

¿Es el ritmo un fenómeno musical? No, el ritmo es un fenómeno espiritual.

El ritmo es el pulso interior del alma. De manera que la música hace sublimar al pulso interior del alma para expresar lo armonioso, lo sutil, lo invisible, lo sin palabras a los demás. Es el arte de lograr concertar voluntades y almas y espíritus para generar un mensaje y unos valores óptimos que transforman de manera profunda, radical, el espíritu de un niño, de un muchacho, y de todos quienes los escuchan. Estamos hablando de una revolución. Hablamos de lo inefable, de lo que resulta imperceptible para la



La Orquesta Nacional Juvenil de Venezuela dirigida por Simon Rattle

racionalidad, que sólo es navegable mediante la intuición. Una persona penetrada por la música, desafiada por el discurso musical, comienza a transformarse psicológicamente y es que a través del arte un niño, una persona puede encontrar la revelación del ser auténtico, del sentido de lo universal. Todo mediante el poder de la belleza.

Lo más interesante de todo esto es que no son palabras bonitas. No se queda en el discurso. Miles de testimonios en Venezuela y en cada presentación en otros lugares del mundo coinciden: se trata de una reivindicación de lo social, de lo humano, del auténtico valor de las personas.

Se entiende así lo que repite por el mundo antes y después de crear apoteosis con su batuta, el joven maestro Gustavo Dudamel, convertido en una celebridad compartiendo batuta a su aún tierna edad con maestros consagrados como Rattle, Abbado, Sinopoli, Domingo: “He visto salvar vidas humanas en mi país con la música. Yo soy un ejemplo del poder de transformación personal del sistema”, como es llamado de manera familiar este milagro cultural, esta hazaña bolivariana, a manera de apócope: el sistema.

Si uno escucha el primer disco de Gustavo Dudamel dirigiendo a la Orquesta Simón Bolívar apenas creará lo que repro-

ducen los altavoces: una lectura insospechada, fresca, increíblemente distinta y nueva de una partitura conocida hasta el hartazgo: la *Quinta Sinfonía* de Beethoven.

Si uno escucha el segundo disco de Gustavo Dudamel dirigiendo a la Orquesta Simón Bolívar apenas creará lo que reproducen los altavoces: una lectura límpida, magistral, conmovedora hasta las lágrimas en el momento del cuarto movimiento, *Allegretto*, de una partitura que apenas está logrando su merecida masificación: la *Quinta Sinfonía* de Gustav Mahler.

Si uno escucha el tercer disco de Gustavo Dudamel dirigiendo a la Orquesta Simón Bolívar verá salir una fiesta de los altavoces, encontrará la mejor versión hasta el momento del *Danzón número dos* de Arturo Márquez y bailará junto a los jóvenes y gritará ¡*Mambó!*, junto con ellos en el último track.

Si uno escucha en vivo a estos niños y estos jóvenes, o los escucha en disco o simplemente los imagina haciendo música, observará que el mundo todavía no está perdido, que pese a que los signos que tenemos por delante parecieran acusar la decadencia de la especie humana, con milagros culturales como el sistema bolivariano de orquestas persiste la esperanza, pervive la dignidad humana, tenemos el futuro a nuestro alcance.

He aquí un auténtico milagro. **U**